HISTORIA DE LA ECONOMÍA ARGENTINA DEL SIGLO XX

Página/12



17

LAS RELACIONES ECONÓMICAS INTERNACIONALES (1939-1945)



El régimen nazi produjo una inmensa devastación material y de vidas humanas.

Staff

Director de la colección: Alfredo Zaiat

Director académico: Mario Rapoport
Coordinador: Ricardo Vicente
Colaboradores:
Andrés Musacchio
Eduardo Madrid
Hernán Braude
Agustín Crivelli
Martín Fiszbein
Pablo López
María Cecilia Míguez
Florencia Médici
Leandro Morgenfeld
Asistente de dirección: Natalia Aruguete

Director general: Hugo Soriani
Rumbo de diseño: Alejandro Ros
Diagramación: Juan Carlos Aguirre
Asistente de fotografía: Omar Chejolán
Coordinación general: Víctor Vigo

E-mail: *historiaeconomica@pagina12.com.ar*

Historia de la economía argentina del siglo XX
Mario Daniel Rapoport
1a ed. - Buenos Aires: La Página, 2007.
16 p.; 28x20 cm.
ISBN 978-987-503-451-8
1. Investigación Periodística.
CDD 070.43
Fecha de catalogación: 03/08/2007



Los gobiernos de Franklin D. Roosevelt (en la foto junto al presidente Agustín P. Justo, en 1936) buscaron quebrar la influencia británica en la región.

1 La posición de Argentina *en la Segunda Guerra Mundial*

La política internacional del país giró en torno de su relación con las grandes potencias desde que se insertó en la economía mundial como proveedora de alimentos y materias primas y compradora de manufacturas. En especial con Gran Bretaña y, en menor medida, con otros países industrializados de Europa. Esa orientación se extendió desde fines del siglo XIX hasta la Primera Guerra Mundial. A partir de ese acontecimiento, la irrupción de Estados Unidos en la economía argentina, y en América latina en general, transformó las relaciones internacionales en un triángulo comercial y financiero con las dos potencias anglosajonas. Una, Gran Bretaña, que atravesaba un largo proceso de decadencia. Y la otra, que con gran dinamismo se transformó, luego de aquel conflicto bélico, en la primera potencia industrial y financiera mundial: Estados Unidos.

A diferencia de lo que sucedió con otros países latinoamericanos, el gobierno de Washington no se convirtió en el nuevo aliado estratégico de la Argentina. En cambio, el Viejo Continente, en especial el Reino Unido, continuó manteniendo una posición privilegiada en la esfera política y económica nacional. Esta posición causó reiterados roces entre la Argentina y Estados Unidos. Uno de los puntos más tensos de esa relación fue la firma del Pacto Roca-Runciman, por el cual se afianzó el vínculo británico-argentino en detrimento del libre comercio. Y otro fueron las posiciones de enfrentamiento durante las conferencias panamericanas celebradas durante las décadas del '20 y '30.

Con el comienzo de la Segunda Guerra Mundial la política exterior argentina fue centro de debates domésticos. Para los terratenientes, dependientes del comercio con Gran Bretaña y Europa, la guerra representó un grave problema económico. Mientras que para sectores industriales y financieros, muchos de ellos ligados al capital estadounidense, constituía una oportunidad de estrechar lazos con Washington.

Los intereses de estos dos grupos económicos eran contrapuestos. Por un lado, los industriales necesitaban importar de Estados Unidos los insumos y bienes de capital necesarios para superar las trabas que la obsolescencia del equipamiento y la baja productividad representaban para la continuidad del proceso de sustitución de importaciones. Por otro, los grandes productores rurales habían sido los principales beneficiarios de la estrecha relación con el Reino Unido, mientras que Estados Unidos era un competidor importante de la producción agrícola y su mercado se mantenía cerrado para los productores primarios argentinos.

Si bien mantuvo la neutralidad hasta enero de 1944, Argentina fue un actor crucial para la causa aliada, abasteciendo al mercado británico con alimentos y otorgando al mismo tiempo un generoso crédito para efectuar esas compras. La neutralidad tenía así un sólido motivo económico favorable a Inglaterra.

La situación era distinta para los Estados Unidos. Bajo el gobierno de Franklin D. Roosevelt, desde 1933, el Departamento de Estado, encabezado por

Cordell Hull, buscaba disminuir o quebrar lo que restaba de la influencia británica en la región, extendiendo la firma de tratados comerciales recíprocos y abiertos y eliminando todo tipo de pactos bilaterales privilegiados, como el Roca-Runciman. Por otra parte, el esfuerzo bélico de producción que supuso la guerra logró que la economía estadounidense alcanzara su plena recuperación luego de la más penosa y extensa depresión de su historia.

Sin embargo, nuevos temores se cruzaron hacia el fin de la guerra. Estados Unidos se planteaba la cuestión de qué sucedería con la existencia, por un lado, de un mundo devastado y sin capacidad de demanda y, por otro, de una única economía sólida en pie y con grandes excedentes de producción. En este sentido, cualquier obstáculo al libre comercio que le impidiera colocar sus productos debía ser desarmado. Además, en forma estratégica, era necesario alinear tras la política de Washington a todos los países latinoamericanos, zona que constituía su esfera de influencia.

Un punto de inflexión en las relaciones argentino-estadounidenses fue la Conferencia de Cancilleres de Río de Janeiro de principios de 1942. Si bien el gobierno conservador argentino ya había mostrado posiciones contrapuestas con las del Departamento de Estado, a partir de ese encuentro comenzó una relación sumamente crítica.

A raíz del ataque japonés a Pearl Harbour, Estados Unidos había entrado en el conflicto bélico y buscaba la solidaridad hemisférica. El enojo estadounidense se desató por la negativa argentina de adherir a su propuesta de ruptura conjunta de relaciones diplomáticas con el Eje nazi-fascista por parte de los países latinoamericanos. Por el contrario, la delegación argentina en la Conferencia de Río, encabezada por el canciller Enrique Ruiz Guiñazú, logró que en la declaración final se resolviera solamente "recomendar" a los países del continente romper relaciones con el Eje. Respaldado en el carácter no imperativo de la resolución, el gobierno argentino mantuvo su política de neutralidad en la guerra.

Las represalias diplomáticas y económicas, cuyo principal mentor fue el Departamento de Estado, pero también otros sectores políticos y económicos de la clase dirigente de Estados Unidos, tuvieron diversas facetas y etapas. Consistieron en medidas que iban desde bloqueos de fondos argentinos en Estados Unidos y sanciones comerciales (listas negras, prohibición de exportar productos estratégicos hacia la Argentina) hasta un intento de aislamiento diplomático con el retiro de los embajadores de los países de la región (incluyendo también al Reino Unido). La situación se vio agravada, en junio de 1943, con la llegada de los militares al poder en Buenos Aires, calificados de inmediato desde los Estados Unidos de nazi-fascistas o partidarios del Eje.

2 El tercero *en discordia*

Cordell Hull también procuró la interrupción del comercio angloargentino para incidir en la política económica interna. Pero el pedido insistente a Gran Bretaña de suspender la renovación de los contratos sobre las carnes (que vencían a finales de 1944) fue enérgicamente rechazado por los británicos.

El gobierno de Londres, dependiente para su esfuerzo de guerra de la ayuda estadounidense, debió plegarse a ese país en el plano político, como sucedió con el retiro de su embajador en Buenos Aires para expresar la oposición a la asunción de Edelmiro Farrell como presidente. No obstante, mantuvo una gran resistencia a la adopción de medidas económicas punitivas, y la falta de apoyo británico imposibilitó a los Estados Unidos concretar su objetivo de aislar económicamente al país. El Reino Unido no compartía la creencia sobre el carácter pronazi de los gobiernos argentinos, ya fueran conservadores o militares, y confiaba en las históricamente estrechas relaciones entre ambos países.

> La reconciliación entre los dos países llevó a la Argentina a declarar la guerra al Eje en marzo de 1945, y a Estados Unidos a iniciar negociaciones para normalizar la situación.

Además primaba la coyuntura económica, dado que las importaciones argentinas eran esenciales no sólo para el esfuerzo bélico sino para el mantenimiento de los niveles de vida de la población británica, que atravesaba una aguda escasez de alimentos. A la vez, la oposición argentina a la implementación de un sistema panamericano liderado por los Estados Unidos trababa los avances hegemónicos de la nueva potencia, que involucraban, obviamente, el desplazamiento de Gran Bretaña de América latina.

Nuevos enfrentamientos con el gobierno de Buenos Aires llevaron a demandar una restricción al consumo de carnes argentinas en el mercado inglés a cambio de un aumento en los envíos de carnes estadounidenses a Gran Bretaña. La tirantez generada por el "caso argentino" tuvo serias repercusiones en la relación anglo-estadounidense. En julio de 1944, el primer ministro Winston Churchill volvió a negarse a esos pedidos mediante un telegrama al presidente Franklin D. Roosevelt, recordando lo esencial



Cordell Hull, encargado del Departamento de Estado de EE.UU., trató de disminuir el comercio angloargentino para influir en la política económica doméstica.

que eran las importaciones de carnes argentinas para el Reino Unido.

Un artículo aparecido en *The Economist* de Londres el 5 de agosto de 1944 reflejaba con claridad la situación: "La Argentina es uno de los puntos más débiles de las relaciones anglo-norteamericanas. Para expresar las cosas con crudeza, a cada uno de los países le resulta difícil dejar de sospechar de los motivos del otro. Para los ojos norteamericanos, la influencia británica en la Argentina resulta sospechosa de tendencias reaccionarias y antidemocráticas, y la política británica de estar planeada para excluir el comercio norteamericano, no a través de una competencia limpia sino mediante discriminaciones bilaterales. Para los ojos británicos, la política norteamericana en la Argentina es sospechosa de estar impulsada menos por el deseo de derrotar a Hitler que por el de extender la influencia de Washington desde la mitad norte de Sudamérica hasta el cabo de los Hornos; en pocas palabras, por un imperialismo sin duda benéfico pero no menos real".

Ante la negativa británica, el Departamento de Estado llegó a amenazar a su aliado de guerra con reducirle la ayuda si no cedía en su postura. Pero Roosevelt debió finalmente adoptar una posición conciliadora y solicitar a Churchill que mantuviera una negociación provisoria, sin renovar formalmente el convenio con Buenos Aires.

No obstante, un cambio en la política estadounidense hacia la Argentina se produjo a fines de 1944 con la renuncia de Hull y su reemplazo por Edward R. Stettinius Jr., quien nombró a Nelson Rockefeller como secretario de Asuntos Latinoamericanos con el objetivo de lograr un acercamiento con el gobierno militar. El proceso de reconciliación entre los dos países llevó a la Argentina a declarar la guerra al Eje en marzo de 1945, y a Estados Unidos a iniciar negociaciones económicas y políticas para normalizar la situación.

Después de este breve intervalo, la muerte de Roosevelt dio paso al nombramiento de Spruille Braden como embajador de Estados Unidos en Buenos Aires. Braden se opuso al régimen militar y, particularmente, a la proyección política del coronel Perón, en acuerdo con los sectores internos que formaban la llamada Unión Democrática, la fuerza opositora al naciente peronismo.



Siam Di Tella, símbolo del proceso de sustitución de importaciones y del rápido crecimiento industrial del país durante la Segunda Guerra Mundial.

3 La coyuntura económica *durante el conflicto bélico*

A raíz de la situación económica internacional originada por la Gran Depresión y acentuada por el estallido de la Segunda Guerra Mundial, el país comenzó a sustituir importaciones y tuvo un rápido crecimiento industrial. Ese desarrollo se registró, en especial, en industrias livianas y mano de obra intensivas, como las textiles. Ese progreso derivó en una sustancial mejora de los niveles de vida de la población.

No obstante, la falta de un programa de industrialización, que permitiera construir una estructura manufacturera de base no sólo "espontánea" como respuesta a las crisis externas, condicionó el mantenimiento de los logros alcanzados. El crecimiento económico se volvió, en forma progresiva, dependiente de bienes de capital, combustibles e insumos industriales adquiridos en el exterior. En el transcurso de la guerra, se hicieron evidentes los primeros síntomas de esas limitaciones estructurales.

Aun con la sustitución de ciertos bienes de consumo importados, y hasta con la colocación de exportaciones industriales, la nueva estructura productiva demandó crecientes compras del exterior. Durante la guerra, Argentina logró mantener respetables flujos comerciales con otros países. Sin embargo, las exportaciones no proveyeron las divisas suficientes para realizar las importaciones necesarias de insumos industriales y bienes de capital, dado que los superávit con Gran Bretaña se mantuvieron en libras congeladas en el Banco de Inglaterra.

De ese modo, el proceso de industrialización presentó varios obstáculos: en primer lugar, como fue mencionado, demandaba crecientes insumos del exterior para subsistir; en segundo, además de la escasez de divisas, las transacciones comerciales internacionales se redujeron con algunos países o regiones por la propia guerra y, por último, Estados Unidos, el proveedor de insumos y bienes industriales más importante, mantuvo sanciones comerciales a la Argentina, a cuyos gobiernos acusaba de tener una inclinación hacia los países del Eje.

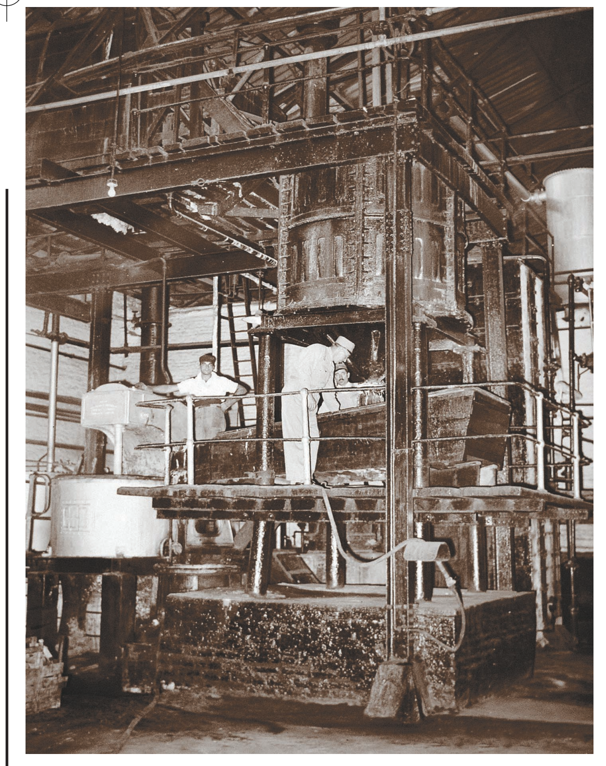
La imposibilidad de importar colocaba serias trabas al desarrollo industrial pero, además, el crecimiento de ese sector se había apoyado en la sobreutilización de las maquinarias ya obsoletas. Otro punto crítico era la carencia de combustibles, que generó una grave crisis energética, a la que se procuró paliar con la quema de cereales y residuos vegetales y la destrucción de reservas forestales para obtener leña y carbón. Se generó así una drástica reducción de los stocks de insumos acumulados y un reciclaje de productos ya utilizados, como la chatarra.

La obsolescencia de los equipos de capital implicaba bajos niveles de productividad y una fuerte descapitalización que dificultarían, luego, el mantenimiento de la producción una vez que los flujos del

comercio internacional se recompusieran al finalizar la contienda. Con las cifras de los anuarios del Comercio Exterior Argentino puede calcularse que entre 1939 y 1944 las importaciones de hierro, maquinarias y vehículos disminuyeron cerca del 90 por ciento, y los rubros correspondientes al carbón, petróleo y derivados en un 80 por ciento.

A pesar de esas crecientes limitaciones, la producción industrial creció en mayor medida que el PBI durante el período bélico: mientras que la primera se incrementó a una tasa de 4,6 por ciento anual, el PBI total avanzó a un ritmo del 3,6 por ciento. Entre los sectores que explicaron este crecimiento se encontraban los textiles y los productos químicos, que representaban el 15,7 y el 9,1 por ciento de la estructura industrial en ese período, respectivamente. Luego se ubicaron la producción de alimentos, cueros, papel y cartón, metales y vehículos y maquinarias.

La Argentina llegó a convertirse en exportador de manufacturas, especialmente a países vecinos, dada la carencia de abastecimiento provocado por la participación de las naciones industriales en la guerra. Esas ventas al exterior constituyeron el 39,3 por ciento del total de 1940, para incrementarse con fuerza en 1944. Así como esas exportaciones aparecieron con el inicio del conflicto bélico, se redujeron con la recomposición de la situación internacional, pues los productos argentinos no podían competir ni en precio ni en calidad con los de las grandes potencias industriales.


Fábrica de carbonato de soda. Durante el período bélico la producción industrial creció más que el PBI.

La imposibilidad de importar colocaba serias trabas al desarrollo industrial. Además, el crecimiento se había apoyado en la sobreutilización de las maquinarias ya obsoletas.

Por otro lado, a pesar de las acusaciones de tener una posición pro-Eje, Argentina fue un actor importante como colaborador de los aliados. El principal destino de las ventas en el mercado mundial se dirigía a los países de ese grupo. Los datos del comercio exterior de la época son contundentes: en 1943, el 60 por ciento de las exportaciones y el 40 por ciento de las importaciones correspondieron a las transacciones con Gran Bretaña y Estados Unidos, mientras que el 11,7 por ciento de las exportaciones y el 10,3 por ciento de las importaciones que se realizaban con Alemania en 1938 se redujeron casi hasta su extinción en los últimos dos años del conflicto bélico.

El sector agrícola también experimentó las consecuencias del inicio del conflicto bélico, afectando las tradicionales exportaciones de cereales. El principal obstáculo fueron las altas tarifas de los fletes, la escasa disponibilidad de bodegas y el extraordinario encarecimiento de los seguros marítimos. Las ventas sólo pudieron mantenerse a algunos países neutrales y, dado el cierre de los principales mercados de Europa, las exportaciones descendieron en forma abrupta no sólo por la reducción en el volumen, sino también en los precios de los granos. Cantidades de producción quedaron sin venderse y, en consecuencia, la actividad productiva cayó sensiblemente.

Las áreas de cultivo de maíz disminuyeron entre 1939 y 1945 en más de 2 millones de hectáreas y las superficies de trigo y lino se redujeron en alrededor de 1 millón de hectáreas en cada cultivo. Las exportaciones a Brasil se incrementaron como correlato de un intercambio recíproco de manufacturas por productos agrícolas. Sin embargo, esas ventas fueron sólo un paliativo y carecieron de volumen significativo para revertir la caída de las exportaciones agrícolas totales. La difícil situación del sector llevó al gobierno a comprar producción para sostener los precios. Desde 1941, la Junta Reguladora de Granos mantuvo el monopolio de las ventas de trigo y parte de esas compras se destinaron a suplantar la falta de combustibles.

Aunque la guerra perjudicó a los tradicionales productos agrícolas, no tuvo el mismo impacto en toda la actividad del sector. La forzada reducción de las importaciones y el estímulo de la industria nacional impulsó el crecimiento de nuevos cultivos. El área sembrada de girasol, por ejemplo, se triplicó en el último año de la contienda, corolario del aumento de la sustitución de importaciones de aceites comestibles. De esta manera, se fueron estableciendo vínculos entre el sector industrial y el agrícola, perjudicados por el conflicto bélico y por las limitaciones propias de un desarrollo insuficiente y discontinuo derivado de la historia previa.

GA LE RIA

Raúl Scalabrini Ortiz

El pensamiento nacional

Raúl Scalabrini Ortiz nació en la provincia de Corrientes el 14 de febrero de 1898, aunque su infancia transcurrió en Buenos Aires. Estudió en la Facultad de Ciencias Exactas, donde se recibió de agrimensor, y cursó varios años de ingeniería sin llegar a recibirse. En 1919 participó activamente del grupo *Insurrexit,* donde frecuentó las obras del marxismo y descubrió la significación de los factores económicos y sociales en el desarrollo histórico, político y cultural. Se vinculó con destacadas personalidades literarias de la época y en 1923 comenzó a insinuarse como una promesa de la literatura nacional al publicar *La manga*, una serie de cuentos en los que campea el escepticismo y lo paradójico. Como periodista colaboró en *La Nación*, *El Mundo* y *Noticias Gráficas*.

En su condición de agrimensor conoció el interior, donde pudo apreciar las condiciones de vida y las expectativas de sus compatriotas, lo que contribuyó a que pudiera trascender la "visión porteña del país". También viajó a Francia, donde pudo comprobar la xenofobia europea hacia lo latinoamericano. Desde entonces, inició un distanciamiento del pensamiento europeizante y volcó la mirada hacia la comprensión de la realidad argentina, convirtiéndose en un precursor del pensamiento nacional.

Bajo la influencia de Macedonio Fernández, reforzó la perspectiva nacional, se orientó en la búsqueda de lo auténtico y aprendió a despreciar los oropeles con que las clases dominantes sacralizan y adornan a sus intelectuales orgánicos. En 1931 publicó *El hombre que está solo y espera*, donde describió al porteño arquetípico: "el hombre de Corrientes y Esmeralda". En esta obra afirmaba que "nuestro país debe emprender la reconquista de lo elemental, purgarse de sabidurías, terminar con los lugares comunes aprendidos de sociedades vetustas y desarrollar esa semilla de cultura que, entre los escombros del pasado, puja por ser presente".

Durante los años treinta, cuando el país se sumergió en la violencia y el fraude del restaurado gobierno conservador, Scalabrini Ortiz, movido por su espíritu patriótico y combativo, comenzó a investigar los problemas económicos para desentrañar las verdades ocultas detrás de régimen oligárquico conservador. El rostro del país dependiente adquirió una transparencia inédita y Scalabrini Ortiz se transformó en un crítico severo de la dominación extranjera y de la entrega del patrimonio estatal: "Computé los elementos primordiales de la colectividad y verifiqué con asombro inenarrable que todos los órdenes de la economía argentina obedecían a directivas extranjeras, sobre todo inglesas... Ferrocarriles, tranvías, teléfonos y por lo menos el cincuenta por ciento del capital de los establecimientos industriales y comerciales es propiedad de extranjeros, en su mayor parte ingleses... Esto explica por qué en un pueblo explotador de materias alimenticias puede haber hambre... Es que ya al nacer el trigo y el ternero no son de quien los sembró o los crió, sino del acreedor hipotecario, del prestamista que adelantó los fondos, del banquero que dio un préstamo al Estado, del ferrocarril, del frigorífico, de las empresas navieras... de todos menos de él".

Como partícipe activo en la vida política enfrentó a la dictadura uriburista y se comprometió en la revolución radical del Paso de los Libres, por lo que fue detenido en 1933 y desterrado, debiendo refugiarse en Europa con su esposa Mercedes Comaleras. Desde Alemania, comenzó a escribir los bocetos de su libro *Política británica en el Río de la Plata*, que se publicaría en 1936 y en donde abordó el problema clave de un país semicolonial: la cuestión nacional.

A fines de 1934 retornó al país y retomó sus investigaciones. De inmediato colaboró en el semanario *Señales*, donde dio a conocer sus primeras conclusiones acerca de la metodología leonina empleada en la concesión de los ferrocarriles, la licuación de capitales por parte de las empresas ferroviarias británicas y las maniobras dolosas del capital extranjero. Las vías férreas constituían "una inmensa tela de araña metálica donde está aprisionada la República".

Con Arturo Jauretche, su compañero de lucha, participa aunque no directamente (no era radical) del grupo FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Juventud Argentina), desde donde condenó, además de los negociados de los ferrocarriles, la política crediticia en manos de la banca extranjera, el estancamiento industrial, la falta de explotación de la riqueza minera e hidroeléctrica, la subordinación del servicio de transportes al capital extranjero, la usura de los empréstitos extranjeros.

Al iniciarse la Segunda Guerra Mundial, Scalabrini Ortiz apoyó la política de neutralidad frente al



Raúl Scalabrini Ortiz fue un intelectual de activa participación en la vida política del país.



conflicto bélico. En 1939, marginado de la "prensa seria" por su posición pública, fundó el diario *Reconquista*, que no pudo sostenerse económicamente por mucho tiempo. Desde allí proclamó: "No os dejéis arrastrar a la catástrofe. Si os empujan, sublevaos. Muramos por la libertad de la Patria y no al servicio de los patrones extranjeros".

En 1938 publicó *La historia de los ferrocarriles*, que fue un texto de formación política de los militares integrantes del GOU, grupo de oficiales promotor del golpe militar del 4 de junio de 1943. Justamente uno de ellos, el coronel Juan D. Perón, recibió el apoyo de varios miembros de FORJA, entre ellos Scalabrini Ortiz. Desde el periódico *Política*, Scalabrini acompañó la campaña electoral del nuevo líder y, una vez elegido, mantuvo estrecho contacto con él y aportó su esfuerzo a favor de la nacionalización de los ferrocarriles. No aceptó cargos en el gobierno y prefirió continuar con su actividad de conferencista y plantar álamos en las costas del río Paraná.

Apoyó la obra del gobierno de Perón del "que aplaudía los aciertos y lamentaba los errores". Entendía que las transigencias del gobierno resultaban de los condicionamientos externos: "No debemos olvidar en ningún momento –cualesquiera sean las diferencias de apreciación– que las opciones que nos ofrece la vida política argentina son limitadas. No se trata de optar entre el Gral. Perón y el Arcángel San Miguel. Se trata de optar entre el general Perón y Federico Pinedo. Todo lo que socava a Perón fortifica a Pinedo, en cuanto él simboliza un régimen político y económico de oprobio y un modo de pensar ajeno y opuesto al pensamiento vivo del país".

En este entendimiento rechazó la invitación a participar en el golpe cívico-militar de septiembre de 1955. Por el contrario, se enroló en la resistencia al gobierno dictatorial emergente de la autodenominada Revolución Libertadora y atacó duramente su política económica y represiva desde *El Líder*, *De Frente* y *El Federalista*. Cerrados estos periódicos opositores al régimen militar, a mediados de 1956 comenzó a escribir en la revista *Qué sucedió en 7 días*, de la mano de Rogelio Frigerio, ideólogo fundamental del desarrollismo. Junto a Jauretche, y convertido en director de *Qué*, Scalabrini apoyó al Frente Nacional que sostuvo la candidatura de Arturo Frondizi.

Una vez Frondizi en el gobierno, no tardó en desencantar tanto a Scalabrini como a Jauretche. La firma de los contratos petroleros con empresas extranjeras llevó a Scalabrini, en agosto de 1958, a renunciar a la dirección de la revista *Qué*. Por otra parte, afectado por un cáncer abandonó la actividad política. El 30 de mayo de 1959, luego de un período de postración, falleció.

Sus escritos políticos más importantes fueron: *Política Británica en el Río de la Plata, Historia del Primer Empréstito argentino, Historia de los Ferrocarriles Argentinos, Los ferrocarriles deben ser argentinos, Aquí se aprende a defender a la Patria*, además de numerosos artículos escritos en los periódicos *La Nación*, *La Gaceta*, *El Mundo*, *El Hogar*, *Señales*.

4 El Consejo Nacional *de Posguerra*

El Consejo Nacional de Posguerra fue creado el 25 de agosto de 1944, en dependencias de la Vicepresidencia de la Nación y presidido por el coronel Juan Domingo Perón. El organismo nació ante la necesidad de tratar los problemas económicos y sociales que enfrentaría el país al finalizar la Segunda Guerra Mundial. La búsqueda de soluciones para los problemas sociales y su articulación en el marco de la nueva estructura industrial estaban en concordancia con los aires keynesianos que habían ganado un lugar importante no sólo en ámbitos académicos, sino dentro de las prácticas gubernamentales con el *New Deal* en los Estados Unidos.

Al término de la guerra, la Argentina enfrentó el desafío de mantener los logros económicos y sociales alcanzados tras el proceso de industrialización por sustitución de importaciones. Estaba claro que la situación había cambiado tras la guerra. En primer lugar, había terminado el modelo económico de vendedor de materias primas y comprador de productos manufacturados, teniendo Gran Bretaña un lugar especial en ese comercio. En segundo lugar, la interrupción del mercado internacional permitió producir y hasta exportar bienes que, una vez restablecido el orden mundial, serían difíciles de mantener, poniendo en jaque a los sectores más beneficiados de ese proceso: los industriales y la nueva clase trabajadora urbana. Y, en tercer lugar, comenzaba a reconocerse la necesidad de obtener equipos y maquinarias importados para conformar una industria de base, condición indispensable para superar la etapa primaria de industrialización.



Juan Domingo Perón (a la derecha) en un acto del Consejo Nacional de Posguerra, que presidió.

Un proceso económico y social apoyado en la industria necesitaba reordenar y establecer prioridades para la modernización de la estructura productiva, pues el crecimiento alcanzado se hizo sobre la base de una industria del trabajo intensiva y a costa de sobreutilizar el capital existente. Así, con la reapertura de los canales del comercio internacional, el cierre de esas industrias daría lugar al desempleo de una parte considerable de la población trabajadora.

El Consejo, a través de un documento conocido como "Ordenamiento Económico y Social", redactado por José Figuerola, presentó un análisis de la situación de los diferentes sectores económicos y sociales. Figuerola era el secretario general del Consejo y también fue el redactor del Primer Plan Quinquenal del futuro gobierno peronista. Las conclusiones vertidas en ese documento resumieron los debates de intelectuales, políticos y de distintos sectores que cuestionaban la sustentabilidad del proceso.

Los objetivos enumerados en el informe poseían una clara orientación mercado internista, de protección y de estímulo al conjunto de las actividades industriales, garantizando la ocupación de la totalidad de la mano de obra disponible, la creación de un sistema completo de seguridad social y el mejoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores. Así se lograría el "ordenamiento económico-social", definido como "el conjunto de orientaciones encaminadas a procurar un equilibrio recto y estable entre los recursos y fuerzas económicas de la Nación" a fin de asegurar "la satisfacción de todas las necesidades de los habitantes del país, sin tolerar el injusto acaparamiento de bienes en manos de unos pocos".



La tensión entre el Reino Unido y Estados Unidos *por la neutralidad de Argentina*

Extracto del Memorando de Víctor Perowne, director del Departamento de América del Sur del *Foreign Office*, explicando la posición británica hacia la neutralidad argentina frente a las presiones estadounidenses:

"(...) En resumen, la política de neutralidad argentina, aunque lamentable desde nuestro punto de vista, no es en la práctica perjudicial para los intereses británicos como para requerir *per se* ningún intento mayor por nuestra parte de tomar alguna acción efectiva en ese sentido (para obligar a la Argentina a salir de la neutralidad), y mientras el comportamiento general del gobierno considerándolo en forma separada de su política oficial siga siendo razonablemente amistoso, no existen motivos reales para que nos preocupemos (...)".

Fuente: Foreign Office, A 3068/4/2,
del 30 de marzo de 1943

Telegrama escrito por Cordell Hull enumerando las medidas económicas implementadas para forzar un cambio político en la Argentina.

"Del Secretario de Estado al encargado de Negocios en la Argentina (Reed), Washington, 22 de septiembre de 1944.

(...) Para reforzar nuestra posición política hacia la Argentina, el Departamento propone poner en efecto tan pronto como sea practicable el siguiente programa revisado de exportaciones, citado en los siguientes párrafos.

1. Con excepción de los proyectos que contribuyan directamente al esfuerzo de guerra, ningún proyecto argentino de desarrollo será aprobado.

2. El equipo operacional usado en conexión con la producción de productos petroleros y equipos de perforación y para campos petrolíferos, como así también todo otro tipo de equipos petrolíferos, no deben ser exportados. Las exportaciones de fuel oil deben ser limitadas a las cantidades mínimas necesarias para asegurar la continuación de los servicios de los buques tanques argentinos que transportan aceites vegetales a los Estados Unidos.

3. Las exportaciones de vehículos automotores, locomotoras y material rodante están prohibidas.

4. Ningún incremento adicional en los límites o cantidades de los valores de los productos exportables a Argentina bajo licencia general deben ser permitidos.

5. Las exportaciones para las Fuerzas Armadas Argentinas, y los suministros y materiales para la industria argentina de armamento, están prohibidas.

6. Las exportaciones de pantalla de bronce fosfórico Fourdrinier que sirven para la manufactura de papel para periódicos están prohibidas.

7. A través del control del 'navicert' o de otros mecanismos apropiados debe hacerse un esfuerzo para obtener similares reducciones en las exportaciones de otros países hacia la Argentina.

8. El seguro trimestral de las licencias para la exportación de todos los productos no limitados hasta aquí de otra manera, deben ser restringidos a los requerimientos de aquellas industrias argentinas cuyos productos son esenciales para el esfuerzo de guerra de las Naciones Unidas más 1) cantidades mínimas para el mantenimiento, reparaciones y operaciones de industrias y servicios públicos que contribuyan al esfuerzo de guerra de las Naciones Unidas, y 2) cantidades mínimas, en otras áreas, para el mantenimiento de la salud pública y la seguridad (los productos definidos como necesarios para el mantenimiento de la salud pública y la seguridad deben ser exclusivamente los siguientes: cantidades limitadas de drogas esenciales para evitar epidemias y para el tratamiento de enfermedades; equipamiento esencial para hospitales; clínicas y otros centros públicos de salud; suministros esenciales para el mantenimiento, la reparación y la operación de servicios públicos comunes) (...).

Hull"

Nota: "Navicert", certificado de navegación que permitía pasar por el bloqueo británico.

Fuente: En Foreign Relations of the United States, 1944, volume VII, pp. 4520-4521.

Los siguientes telegramas del primer ministro inglés, Winston Churchill, al presidente Franklin D. Roosevelt, referidos al retiro de los embajadores y el comercio de carne, muestran las diferentes posturas de los dos países frente a la Argentina.

"Del primer ministro al presidente Roosevelt
T. 1394/4, 1 de julio de 1944

He discutido el asunto con Eden y hemos decidido actuar como usted desea. Eden ha telegrafiado a Buenos Aires llamando a nuestro embajador para consultas.

Esta decisión ha sido tomada en respuesta a su pedi-

do de adoptar una "posición común". Existe una buena dosis de ansiedad en el Foreign Office y el gabinete de guerra. Yo mismo no veo a dónde conduce esta política ni qué esperamos sacarles a los argentinos con este método. Sólo espero que no afecte de modo adverso nuestros intereses vitales y el esfuerzo de guerra.

Espero que no le importe si digo, como es mi deber, que nos vemos colocados en una posición odiosa por esta decisión norteamericana, a la que se nos ha pedido que nos adaptemos, habiendo sido tomada sin consultarnos. Nos vemos enfrentados ante un *fait accompli*.

Churchill"

"Del primer ministro al presidente Roosevelt
T. 1447/4, 14 de julio de 1944

(...) Deseamos hacer todo lo que podamos para ayudar a usted y al señor Hull con los países sudamericanos; pero pensamos que usted debía tener a la vista los formidables argumentos de esta minuta. Por favor recuerde que esta comunidad de 46 millones importó 66 millones de toneladas hasta el año anterior a la guerra y ahora se las está arreglando con menos de 25 millones. El vigor de un trabajador no puede mantenerse con una dieta menor en carne. (...). Su pueblo está comiendo por cabeza más carne y más pollo que antes de la guerra, mientras que a la mayor parte del nuestro se le ha reducido muchísimo el consumo de esos alimentos. Creo que si se le expresa eso al señor Hull, él haría todo lo posible para ayudarnos a obtener un nuevo contrato y nada que pusiera en peligro su oportunidad de concreción. En consecuencia, espero que usted se lo informe.

Churchill"

"Del primer ministro al presidente Roosevelt
T. 1448/4, 14 de julio de 1944

(...) Estoy muy preocupado ante la posición en que se están colocando ustedes respecto a la Argentina. Dependo de ese país para más del cuarenta por ciento de mi carne importada. (...) Estamos muy agradecidos a los norteamericanos por la carne que nos están enviando. Pero no creo que puedan enviarnos la cantidad adicional suficiente que compense la pérdida de nuestro abastecimiento proveniente de la Argentina. En todo caso, tal carne adicional sería en su mayor parte de cerdo y ya tenemos una proporción demasiado grande de la misma. La carne que conseguimos de la Argentina es vacuna y de carnero. Mi contrato actual con la Argentina vence en octubre. Estoy ansioso por renovarlo en tres o cuatro años, para asegurar que el pueblo de este país tenga la carne que desea y necesita, no sólo para el resto de la guerra, sino para el período de escasez posterior (...).

Churchill"

Fuente: Foreign Office, AS 6054/72/2.

En un informe al Foreign Office, David Kelly, embajador británico en Buenos Aires, describió la personalidad de Perón y su posible proyección política.

"De: Sir D. Kelly a Sir Anthony Eden (Secretario del Foreign Office).

Buenos Aires, 21 de julio de 1945

Gran parte de la discusión sobre el problema argentino se centra en la personalidad del coronel Perón y, en consecuencia, resultaría valioso en la actual etapa, examinar brevemente cuáles son sus puntos de vista. Perón es acusado de ser un nazi, un fascista, y hasta un comunista (...). Todas estas ideologías comparten los principios básicos de que el individuo no es nada en sí mismo y el Estado lo es todo y que, en consecuencia, el individuo tiene que cumplir su más alto deber hacia el Estado. Perón no es hombre de guardarse sus pensamientos (...) pero no hemos detectado en ninguna de sus declaraciones, privadas o públicas, algún rasgo de una filosofía política de ese tipo. (...) Es muy cierto que Perón ha sido influido por su estadía en la Italia fascista, pero es significativo que los puntos que lo impresionaron no fueran los principios básicos de la doctrina fascista, sino la mecánica incidental del gobierno dictatorial y en especial el programa social y económico. (...). Es por ese motivo que los norteamericanos parecen equivocarse al considerar a Perón como una seria amenaza a su seguridad. Si se sintiera auténticamente inspirado en una misión para salvar a Sudamérica de "los yanquis" y convenciera a la gente de su sinceridad, podría ser realmente peligroso, porque le sería posible quizás obtener apoyo no sólo en la Argentina sino entre personas con ideas semejantes en otros países latinoamericanos. Nadie cree, en la Argentina o fuera de ella, que Perón tenga alguna misión y él ha dejado bastante en claro tanto ante mí, cuando regresé al país, como ante varios destacados empresarios norteamericanos, que se sentiría muy feliz de trabajar con el gobierno de los Estados Unidos si este último pudiera ponerse de acuerdo con él. Ahora se queja constantemente de que Braden le hizo un 'doble juego'. En consecuencia aunque sea un pillo y una molestia, no puede constituir personalmente un peligro grave (...).

David V. Kelly"

Fuente: Foreign Office, AS 4042/92/2



Intereses económicos y *estrategias divergentes*

POR MARIO RAPOPORT

La posición de los Estados Unidos hacia la Argentina se caracterizó por la utilización de distintos tipos de medidas para sancionarla. Washington denunció a los sucesivos gobiernos de Buenos Aires, primero el conservador y luego el militar, de ser partidarios del Eje. Esta política culminó en 1946 con acusaciones que implicaron directamente a altas autoridades con el espionaje y la ayuda concreta a las potencias vencidas.

En cambio, la política británica fue muy distinta, por varias razones. En primer lugar, existían distintas percepciones de la realidad argentina. Los británicos nunca compartieron los puntos de vista del Departamento de Estado respecto de los intereses o motivos ideológicos que estaban detrás de la neutralidad argentina. No pensaban que las sucesivas administraciones de la época fueran pro-nazis u hostiles a los aliados. Ciertos sectores en Inglaterra apoyaron incluso abiertamente a los gobiernos argentinos. En segundo término, los ingleses consideraron que el abandono de esa política de neutralidad podía afectar seriamente el abastecimiento de las islas durante la guerra y causar graves prejuicios económicos a la causa aliada. En tercer lugar, si bien reconocieron la existencia en la Argentina de fuertes tendencias nacionalistas, prefirieron no enemistarse con sus dirigentes para no afectar las cuantiosas inversiones radicadas en el país. Finalmente, estuvieron muy alertas respecto de una posible hegemonía económica y política estadounidense en la Argentina después de la guerra. Diversas misiones diplomáticas inglesas al Río de la Plata, como la misión Willingdon de 1940-1941, denunciaron no sólo la amenaza del nazismo, sino también los efectos perjudiciales para ellos de la competencia estadounidense y el estrechamiento de vínculos entre Buenos Aires y Washington. El viejo triángulo anglo-argentino-norteamericano continuaba vigente para ellos.

El otro protagonista de la política argentina en esos años fue la Alemania nazi. Existió sin duda una fuerte presencia de intereses vinculados a ese país en la mayor parte de América latina. En la Argentina, las ideologías de corte fascista o pro-nazi tuvieron cierta influencia en miembros de las Fuerzas Armadas y grupos civiles de algún peso político, especialmente en el último gobierno conservador y en el régimen militar que le sucedió. También existieron agentes y propaganda pronazi con influencia en grupos nacionales pro-Eje, incluso financiados por la embajada alemana a través de varios periódicos. Pero todos esos sectores resultaron muy minoritarios. La gravitación económica de Alemania, importante pero mucho menor que la de los aliados, se vio limitada como consecuencia de las medidas de restricción de las actividades económicas y comerciales con el Tercer Reich. Esas limitaciones fueron implementadas por distintos gobiernos de la época ante la presión interna e internacional y por la ruptura posterior de relaciones diplomáticas con el Eje. Si se añade que mientras se suspendía el comercio con Alemania se mantenía el abastecimiento a crédito de alimentos a los británicos –incluyendo a sus ejércitos– y se continuaba comerciando con Estados Unidos a pesar de las sanciones que aplicaba el gobierno de Washington, puede concluirse que en materia económica la Argentina sirvió –quisieran o no ciertos grupos de poder– a los intereses de los países aliados.


Cordell Hull (en el primer escalón) y Sumner Welles (en la vereda), uno y dos del Departamento de Estado de EE.UU. de Roosevelt.

Analizando en detalle la política estadounidense, pueden explicarse también sus motivos. La misma no fue tan lineal como suele creerse; tuvo sus matices. En una primera aproximación, puede mencionarse una “línea dura”, partidaria de aplicar sanciones de todo tipo a la Argentina, y una “línea blan-



Nelson Rockefeller, subsecretario asistente de Asuntos Latinoamericanos en 1944.

da", que proponía soluciones diferentes. Desde los años '30 había un sector que mantuvo una posición conflictiva con Buenos Aires, cuyo exponente más destacado fue el secretario de Estado, Cordell Hull, quien no pertenecía al círculo político más íntimo del presidente norteamericano. Con el estallido de la guerra la política exterior de Washington pasó a ser conducida estrechamente por el mismo Roosevelt y su equipo de colaboradores de la Casa Blanca.

En América latina, el funcionario que instrumentó la política del "buen vecino" no fue Hull sino el subsecretario de Estado, Sumner Welles, hombre de confianza de Roosevelt y que se convertiría más tarde en uno de los principales críticos de la política del Departamento de Estado hacia la Argentina. Pero Welles debió renunciar en parte como consecuencia de su actitud en la conferencia de Río de Janeiro. Para mantener la unidad panamericana aceptó la ambigua propuesta del canciller argentino Ruiz Guiñazú, malquistándose con Hull. Otro de los principales partidarios de la "línea dura" hacia la Argentina fue el secretario de Agricultura y luego vicepresidente, Henry Wallace. Aunque ambos pertenecían al Partido Demócrata, Hull era un conservador liberal –en el sentido norteamericano de esta última acepción–, mientras que Wallace era un liberal de izquierda. Pero los dos tenían algo en común, puesto que estaban vinculados a intereses agrícolas: la familia Wallace era dueña del periódico agrario más influyente del Medio Oeste y Hull había sido senador de Tennessee, un estado agrícola del sur. La necesidad de instrumentar un frente común en el continente bajo la hegemonía estadounidense parecía en tiempos de guerra más urgente y contribuía a apuntalar esas tendencias.

Una segunda línea, que coexistió con la primera durante la guerra –en la que jugó un papel importante en un primer período el mencionado Sumner Welles– tuvo como uno de sus principales representantes a Nelson Rockefeller, integrante de una de las familias más poderosas de su país, vinculada al sector petrolero, industrial y financiero. Rockefeller había sido nombrado por Roosevelt en 1940 como coordinador de una oficina nueva e independiente para América latina, con funciones de propaganda y culturales. Desde ese cargo sus acciones hacia la Argentina no parecían tener vinculación con la política practicada por el Departamento de Estado: afianzamiento de vínculos culturales, invitaciones a personalidades argentinas a los Estados Unidos, campañas de publicidad de empresas norteamericanas en el país. Cuando en noviembre de 1944 Hull renunció dejando en su lugar a Edward Stettinius, un ex ejecutivo de la General Motors y la US Steel Corporation, éste nombró a Rockefeller secretario asistente de Asuntos Latinoamericanos. Entonces la política del Departamento de Estado con respecto a la Argentina cambió abruptamente. Rockefeller enfocó "pragmáticamente" sus relaciones con el régimen militar y se produjo el acercamiento entre los dos países que culminó en marzo de 1945 con la declaración de guerra al Eje. En el mes de abril, con el envío de una misión a Buenos Aires encabezada por el embajador Avra Warrens, se alcanzaron importantes acuerdos económicos y políticos.

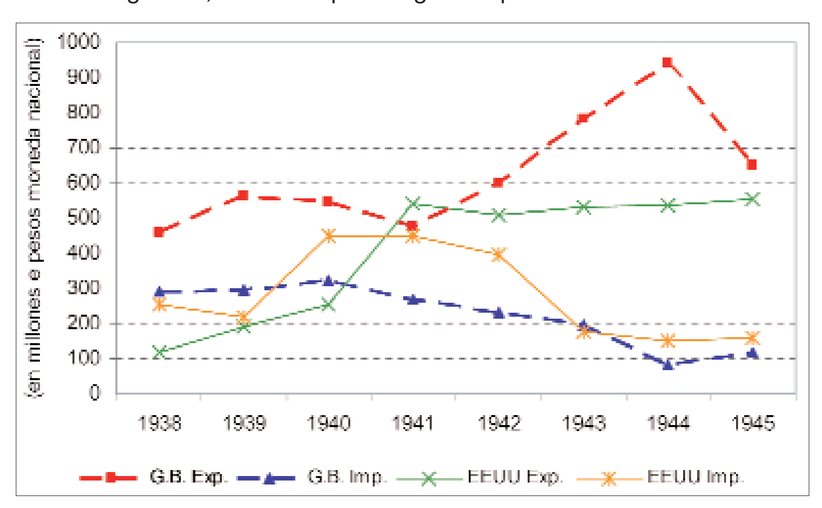
Sin embargo, con la muerte de Roosevelt, el 12 de abril de 1945, la política cambió nuevamente. Harry Truman incorporó en su staff de política exterior a sectores ligados a Cordell Hull y a la "línea dura", que habían atacado la política de "conciliación" emprendida por Rockefeller. Aunque éste permaneció en su cargo unos meses más, la llegada a Buenos Aires del embajador Spruille Braden, que compartía los criterios de la "línea dura", volvió a revertir el panorama. En verdad, factores estratégicos comenzaban a jugar con fuerza en ambas posiciones. Mientras algunos sectores continuaban privilegiando la alianza americano-soviética y consideraban como principales enemigos a los países del Eje (por ejemplo, Henry Wallace), otros (el caso de Rockefeller o el senador Arthur Vandenberg) veían ya como el problema mayor de la posguerra las relaciones con la URSS y procuraban cimentar la unidad del continente frente a la posible amenaza del comunismo.

La llegada de Braden a Buenos Aires provocó diversos episodios entre los dos países que llegaron a involucrar a la propia política interna. La opción "Braden o Perón" tiñó las elecciones presidenciales de 1946, en las que procuró jugar un rol el llamado "Libro Azul", un documento preparado por el Departamento de Estado para demostrar las vinculaciones de los gobiernos argentinos con el nazi-fascismo.

NU ME ROS

El Comercio Exterior argentino con Estados Unidos y Gran Bretaña durante la Segunda Guerra

En el siguiente gráfico se puede apreciar el aumento de la importancia del mercado norteamericano para las exportaciones argentinas y la contribución que Argentina, siendo neutral en gran parte de la guerra, realizó a los aliados. En cambio, no hubo una contrapartida similar de productos hacia la Argentina, situación que se agravó a partir de 1942.



Fuente: Elaboración propia basada en los Anuarios del Comercio Exterior Argentino.

Variables claves

12,3

por ciento se incrementó el **salario real** entre 1938 y 1945.

12,0

por ciento aumentó la **ocupación** en el mismo período.

64,5

por ciento subieron los **precios mayoristas** en los años de la guerra.

2.168.000

fueron las toneladas de **carne vacuna** congelada embarcadas a Gran Bretaña entre 1939 y 1945.

3.806.000

fueron las toneladas de **carne** totales embarcadas a Gran Bretaña entre 1939 y 1945.

Importaciones de bienes de capital e intermedios 1939-1944 (en toneladas)

En el siguiente cuadro se puede observar la disminución en la importación de productos esenciales para el funcionamiento de la industria durante la guerra.

Rubro	1939	1941	1943	1944	Variación 1939-1944
Hierro	693	341	76	71	89,8%
Máquinas y vehículos	157	66	16	15	90,4%
Otros metales	110	128	50	50	54,5%
Carbón de piedra	2966	1023	582	616	79,2%
Petróleo y derivados	2064	1863	485	409	80,2%
Caucho	14	16	1	1	92,9%

Fuente: Elaboración propia basada en los Anuarios de Comercio Exterior Argentino.

Bibliografía

CONSEJO NACIONAL DE POSGUERRA, "Plan de ordenamiento económico-social" en *Desarrollo Económico,* Nº 77, abril-junio de 1980.
CISNEROS, ANDRÉS y ESCUDÉ, CARLOS (dir.), *Historia general de las relaciones exteriores de la República Argentina*, tomo XI, Buenos Aires, CARI-GEL, 1999.
ESCUDÉ, CARLOS, *Gran Bretaña, Estados Unidos y la declinación argentina, 1942-1949,* Editorial de Belgrano, 1984.
GALASSO, NORBERTO, *Raúl Scalabrini Ortiz y la lucha contra la dominación inglesa*, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1982.
GRAVIL, ROGER, *The Anglo-Argentine Connection, 1900-1939*, Boulder, Westview Press, 1985.
JORGE, EDUARDO, *Industria y concentración económica*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.
LOMAX, J. G., *Economic and Commercial Conditions in the Argentina Republic*, Londres, 1947.
OECEI, *La industrialización y el ahorro de divisas en la Argentina*, Buenos Aires, 1959.
MALGESINI, G. y ÁLVAREZ, N., "Cereales y combustibles. Problemas de la economía argentina durante la Segunda Guerra Mundial", en IV Jornadas de Historia Económica Argentina, Río Cuarto, 1982.
NEWTON, ROLAND C., *El cuarto lado del triángulo. La "amenaza nazi" en la Argentina (1931-1947)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995.
RAPOPORT, MARIO, *Gran Bretaña, Estados Unidos y las clases dirigentes argentinas, 1940-1945*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1980.
RAPOPORT, MARIO, *¿Aliados o neutrales? La Argentina frente a la Segunda Guerra Mundial*, Buenos Aires, Eudeba, 1988.
RAPOPORT, MARIO, "Argentina y la Segunda Guerra Mundial: mitos y realidades", en *Estudios Interdisciplinarios de América latina y el Caribe*, vol. VI, Nº 1, Tel-Aviv, enero-junio de 1995.
RAPOPORT, MARIO, *El laberinto argentino. Política internacional en un mundo conflictivo*, Buenos Aires, Eudeba, 1997.
RAPOPORT, MARIO, *El viraje del siglo XXI,* Buenos Aires, Grupo Norma, 2006.
RAPOPORT, MARIO, *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2003)*, Buenos Aires, Emecé, 2007.
RAPOPORT, MARIO; Musacchio Andrés y Converse Christel, "Las inversiones alemanas en Argentina entre 1933 y 1945: ¿base material de la expansión de los nazis?", en *Iberoamericana. América latina, España, Portugal: Ensayos sobre letras, historia y sociedad*, Nº 21, págs. 45-69, Berlín, Alemania, marzo de 2006.
SANCHÍS MUÑOZ, JOSÉ R., *La Argentina y la Segunda Guerra Mundial*, Buenos Aires, GEL, 1992.
SOMMI, LUIS V., *Los capitales alemanes en la Argentina, Historia de su expansión*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1945.
VÁZQUEZ PRESEDO, VICENTE, *Consecuencias económicas de la guerra para un país neutral. Argentina, 1939-1945*, Academia Nacional de Ciencias Económicas, Buenos Aires, 1992.

Ilustraciones

(Tapa) Fábrica textil de la Dirección Nacional de Industria del Estado (DINIE). Fuente: Archivo General de la Nación.
(Pág. 258) Colección Ernesto Jaureche.
(Pág. 259) Fraga, R.; Potash, R.; Ortiz de Rozas, C.; Rocha, M., *Argentina. United States of América*, Chile, Editorial Centro de Estudios para la Nueva Mayoría.
(Págs. 261, 262, 263, 265, 266, 269, 270 y 271) Archivo General de la Nación.